

# Menéndez y Pelayo, como historiador de la Filosofía española

---

El varón insigne que acaba de expirar, deja en las esferas de la literatura y de la filosofía una estela de luz inextinguible. No es sólo un homenaje de justa admiración, es un tributo á la verdad el poner su nombre inmortal al lado de las grandes personificaciones del pensamiento y de la ciencia patrias en el curso de los siglos.

---

(1) Adviértase que es don Juan Valera el que habla.

La crítica literaria, la revelación del espíritu hispano al través de las obras de prosistas y poetas de todas las regiones de nuestro suelo y de todas las épocas de nuestra historia, le debe tanto, que su obra pudiera calificarse de creadora. Todo un mundo de bellezas, de ideas, de relaciones, de vida, en suma, surge del cerebro poderoso del gran Menéndez y Pelayo como por evocación prodigiosa. Al leer sus admirables estudios se siente esa impresión que deben experimentar los grandes exploradores cuando aparecen á su vista ignorados y extensos paisajes ganados para el arte, para el progreso, para la vida superior del hombre, por su inspiración y su esfuerzo.

Pero si grande ha sido su labor en orden á la crítica literaria, no ha sido inferior, seguramente, la que representan sus estudios de historia de la filosofía española. Las áureas páginas en que nos enseña lo que fueron en la evolución de las ideas, lo que representaron en el progreso del espíritu humano los Abempace, los Tofail, los Gabirol, los Gundisalvo, los Algazel, los Ramón Lull, Sabunde, Suárez, Molinos, Vives, Sánchez, Gómez Pereira, Pedro de Valencia y tantos otros, son tesoros de investigación, de crítica luminosa, de exposición admirable de la propia riqueza espiritual y modelos acabados de prosa castellana.

No hay sino leer con detenimiento y reflexión su estudio acerca de los precursores españoles de Kant, que le sirvió para componer el discurso de su ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, para apreciar hasta qué punto dominaba la filosofía de todos los tiempos y de todos los sistemas, hasta qué cimas se elevaba su pensamiento, seguro, sereno, orientado siempre hacia ese ideal de la Eterna Verdad, en donde tantas aparentes contradicciones se resuelven, en donde las voces discordantes de la pasión callan y en donde lo divino, no ya se presiente, sino que late, brilla, penetra en los más íntimos senos del alma y presta una luz intensa y sobrehumana á nuestra visión mental.

¿Qué análisis, qué exposición maravillosa del pensar armonioso de Luis Vives, de la breve pero vigorosa obra del escéptico Sánchez, *Quod nihil scitur*, del libro *De iudicio erga verum* de aquel filósofo de tan grandes vuelos que se llamaba Pedro de Valencia.

He aquí cómo traza la figura del gran Vives, su significación en la filosofía:

“Es el gran pedagogo del Renacimiento, el escritor más completo y enciclopédico de aquella época portentosa, el reformador de los métodos, el instaurador de las disciplinas. El dió el último y definitivo asalto á la barbarie en su propio alcázar de la Sorbona: en él comienza la escuela moderna. El restableció el alto concepto de la enciclopedia filosófica, perdido y casi olvidado entre las cavilaciones sofísticas del nominalismo decadente. El reconcilió la elegancia de las letras humanas con la gravedad del pensamiento filosófico. En una época abierta á todo género de temeridades, profesó y practicó constantemente el gran principio de la sobriedad y parsimonia científica, el *ars nesciendi*. Su admirable estilo filosófico, bruñido, castamente adornado, varonil y recio unas veces, otras suave y persuasivo, libre de empalagosas amplificaciones, suelto en su andar y en su estructura, muy al revés de la enfadosa afectación de los ciceronianos de Italia, fué espejo diáfano de aquel pensamiento suyo tan poderoso en su moderación, tan equilibrado en sus mayores audacias, tan luminoso é insinuante... Precursor de Bacon se le ha llamado, y lo es sin ninguna duda, así en lo que toca á la reforma de los métodos como en la importancia que concedió al de inducción. Pero lo es sin el exclusivismo de Bacon, sin odio ni desdén hacia la Metafísica, y con tanto amor y respeto á la observación interna como á la externa...”

Véase su elogio de Pedro de Valencia:

“¡Qué riqueza y qué sobriedad en los detalles de su erudición! ¡Qué crítica tan firme y segura! ¡Qué hábil manejo del tecnicismo de la filosofía griega en sus monumentos más oscuros! ¡Qué estilo tan precioso y tan severo! ¡Qué manera de exponer tan enteramente moderna! Cuando leemos á Pedro de Valencia nos parece leer á Ritter, y aun á Zeller. Semejante manera de escribir la historia de la filosofía, con espíritu desinteresado y sereno, con verdadero espíritu crítico, con aquella intuición retrospectiva que ayuda á reconstruir el pensamiento ajeno sin mezclarlo torpemente con el pensamiento propio, era novísima en el siglo XVI.”

Después de la palabra del maestro, la mía, la del último de sus discípulos, debe enmudecer. Más de una vez recibí estímulos y alientos de sus labios; pero Dios no ha querido que ni de lejos, ni recogiendo las espigas caídas al conducir la mies, haya podido llevar ni un óbolo modesto al acervo de la filosofía patria. Y como el amigo que conoce su insignificancia y que en la penumbra, inadvertido, derrama una lágrima y lleva una humilde flor á la tumba de aquel á quien amó y admiró en vida, así llevo yo á este duelo nacional lo que yo puedo dar: la modesta ofrenda de mi llanto, de mi admiración ferviente y también ¡aún!... de mi esperanza.

EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN.

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.